

# LA TRINIDAD SANTA Y LOS SACRAMENTOS DE LA EUCARISTÍA Y DE LA PENITENCIA

MONS. RICARDO BLÁZQUEZ

«Jesucristo es el camino principal de la Iglesia. El mismo es nuestro camino 'hacia la casa del Padre' y es también el camino hacia cada hombre»<sup>1</sup>. Cristo, Hijo de Dios encarnado y nuevo Adán, «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre»<sup>2</sup> y es al mismo tiempo el rostro del Padre (cfr. Jn 14,9)<sup>3</sup>. El misterio del Dios y el enigma del hombre son iluminados en Jesucristo; la Encíclica *Redemptor hominis* puso de relieve la vocación y la dignidad del hombre a la luz de Jesucristo; y más tarde *Dives in misericordia* sondearía complementariamente el amor compasivo de Dios Padre revelado en la vida y el misterio pascual de Jesús. En Jesucristo son inseparables las naturalezas divina y humana; y, en consecuencia, se condicionan y realizan en reciprocidad el servicio al hombre y la glorificación de Dios a lo largo del camino de la Iglesia. En la causa de Dios se decide la causa del hombre, y viceversa.

Veamos cómo en el misterio de Jesucristo está presente el Espíritu Santo y cómo su donación refuerza la humanidad. El Mesías es «la vía sobre la que se prepara la plena revelación del Espíritu Santo en la unidad del misterio trinitario, que se manifestará finalmente en la nueva alianza»<sup>4</sup> (cfr. Is 11,1-3; 61,1-2; Jn 16,7-8). La comunicación del Espíritu corrobora al hombre adentrándole en la

---

1. RH, 13.

2. *Gaudium et spes*, 22.

3. Cfr. DM, 1.

4. DV, 22.

vida divina. «La relación íntima con Dios por el Espíritu Santo hace que el hombre se comprenda de modo nuevo...» «En este camino, ‘camino de madurez interior’ que supone el pleno descubrimiento del sentido de la humanidad, Dios se acerca al hombre, penetra cada vez más a fondo en el mundo humano. Dios Uno y Trino, que en sí mismo ‘existe’ como realidad trascendente de don interpersonal *al comunicarse por el Espíritu Santo como don al hombre, transforma el mundo humano* desde dentro, desde el interior de los corazones y de las conciencias. De este modo el mundo, partícipe del don divino, se hace, como enseña el Concilio, ‘cada vez más humano, cada vez más profundamente humano’, mientras madura en él, a través de los corazones y de las conciencias de los hombres, el reino en el que Dios será definitivamente ‘todo en todos’: como don y como amor»<sup>5</sup>.

La apertura de Dios al hombre en el Espíritu Santo y la acogida creyente de Dios por el hombre en virtud del mismo Espíritu se encuentran en abrazo inefable, donde Dios es reconocido en su trascendencia y cercanía y el hombre es regenerado en su dignidad más honda. El hombre viviente es así la gloria de Dios y la unión con Dios garantiza definitivamente la grandeza del hombre. En *Dominum et vivificantem* se profundizan las perspectivas de las dos anteriores Encíclicas, y se exponen con densidad las relaciones internas en Dios y su comunicación trinitaria a los hombres. De Juan Pablo II impresiona poderosamente tanto la pasión al proclamar la divinidad de Dios como el celo al defender la dignidad humana; porque en Jesucristo y su Espíritu se han encontrado Dios y el hombre, es la santidad de Dios misericordia dignificadora del hombre y es la vida humana en cuanto imagen de Dios un valor incondicional.

La misión de la Iglesia se inscribe en la visión antropológica desde Dios y en la condescendencia de Dios hacia el hombre. El camino de la Iglesia es el hombre, cuyas dimensiones se perciben en el misterio insondable de Cristo. La Iglesia al recorrer ese camino anunciará la misericordia del Padre, la redención de Jesucristo y la fuerza vivificadora del Espíritu en medio de la humanidad con

---

5. *Ibidem*, 59.

sus logros y amenazas. Y justamente dentro de la misión de la Iglesia, que emerge de ese fondo trinitario, se sitúan los sacramentos.

En las tres Encíclicas, a las que nos atenemos exclusivamente en estas reflexiones, son tratados con cierto detenimiento los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia. Otros sacramentos (Bautismo, Orden, Matrimonio...) son recordados significativamente; pero no reciben un desarrollo como tal.

Reproduciremos abundantemente los textos del Papa, y buscaremos con docilidad su contenido teológico y sus perspectivas pastorales. Esta forma de proceder nos parece coherente con el respeto hacia el magisterio papal ejercido en las Encíclicas.

### 1. *Los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia en la misión de la Iglesia*

El contexto teológico-pastoral de los sacramentos es la misión de la Iglesia; y el trasfondo del que se alimentan y al que acercan salvíficamente a los hombres es el misterio de la muerte y resurrección de Jesús. Dentro de la vida y actividad eclesiales se puede ulteriormente precisar con mayor concreción el marco de los sacramentos; incluso este marco de incardinación inmediata es diferente en las tres Encíclicas.

En la Encíclica programática del pontificado, en la *Redemptor hominis*, se trata de la Eucaristía y de la Penitencia siguiendo el hilo conductor de la participación de la Iglesia en la triple función de Cristo: profética, sacerdotal y real. El servicio, que la Iglesia y cada cristiano deben prestar al mundo y a cada hombre, recibe contenido y dirección del ministerio de su Maestro y Redentor<sup>6</sup>. El servicio de la Palabra y a la verdad revelada<sup>7</sup>, el servicio en forma sacramental<sup>8</sup> y el servicio real en el campo de la moral cristiana y humana<sup>9</sup>, —que consiste «en la prioridad de

---

6. Cfr. RH, 18.

7. Cfr. *ibidem*, 19.

8. Cfr. *ibidem*, 20.

9. Cfr. *ibidem*, 21.

la ética sobre la técnica, en el primado de la persona sobre las cosas, en la superioridad del espíritu sobre la materia»<sup>10</sup>— especifican el ministerio de la Iglesia al misterio de la Redención. En el corazón del mundo custodia y hace presente la Iglesia la salvación recibida de su Señor y destinada a todos los hombres. Los sacramentos se sitúan en la línea sacerdotal y cultural, que supone la responsabilidad profética y magisterial ante la Palabra recibida de Dios, y que desemboca en la vida personal y social en medio del mundo. En estas coordenadas inserta el Papa las reflexiones sobre la Eucaristía y la Penitencia.

Juan Pablo II ha mostrado en la Encíclica *Dives in misericordia* el rostro compasivo del Padre que se inclina con la fuerza del perdón sobre las heridas del mundo. Es una constante del magisterio del Papa presentar la gracia salvadora tanto en el vasto campo de la historia humana y del mundo, que se extiende desde la creación hasta la consumación escatológica, como en la cercanía personalísima a cada hombre. No se sabe qué admirar más en ciertos momentos, si la vigorosa referencia a la universalidad de la Redención o la insistencia en la penetración de la misma hasta el corazón y la conciencia de la persona. Las dimensiones de anchura y de profundidad son afirmadas con absoluta radicalidad; nada escapa al poder salvífico de Dios Padre, Hijo y Espíritu ni en el corazón del hombre, ni en el campo de la historia. Nunca decae la intimidad en intimismo ni la universalidad en generalización. Todos los hombres y todo el hombre están afectados.

Pues bien, después de haber mostrado en el mensaje mesiánico de Jesús y en su misterio pascual el amor de Dios, que en contacto con el pecado y la miseria del mundo recibe el nombre de misericordia, tratará cómo la misión de la Iglesia debe testificar en medio de la familia humana amenazada, pecadora y sufriente esa misericordia divina. La fidelidad de la Iglesia a su Maestro y Señor Jesucristo no puede olvidar este punto central de la misión cumplida en su predicación, en su comportamiento, en su muerte y en su glorificación. El itinerario de Jesús es encarnación y reflejo de

---

10. *Ibidem*, 16.

la misericordia del Padre. En este contexto serán incardinados los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia. «*La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia* —el atributo más estupendo del Creador y del Redentor— y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora. En este ámbito tiene una gran significado la meditación constante de la palabra de Dios, y sobre todo la participación consciente y madura *en la Eucaristía y en el sacramento de la Penitencia o reconciliación*»<sup>11</sup>. El amor, más fuerte que el pecado y que la muerte, actúa perdonando y se convierte en surtidor de vida y de esperanza. Más adelante veremos cómo se hace presente el amor de Dios Padre, revelado en la muerte y resurrección de Jesús, perdonando en el sacramento de la Penitencia y alimentando con su cuerpo entregado y su sangre vertida en obediencia al Padre y en servicio inefable a los hombres.

En la Encíclica *Dominum et vivificantem*, sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo, los sacramentos son situados en el marco de la «partida» de Jesús y de la venida del Espíritu, que abre la era de la Iglesia. «Es significativo que en el mismo discurso de despedida, anuncie (Jesús) no sólo su ‘partida’, sino también su nueva ‘venida’. Dice textualmente: ‘No os dejaré huérfanos; *volveré a vosotros*’. Y en el momento de la despedida definitiva, antes de subir al cielo, repetirá aún más explícitamente: ‘He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo’. Esta nueva ‘venida’ de Cristo, este continuo venir para estar con los apóstoles y con la Iglesia, este ‘Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo’, ciertamente no cambia el hecho de su ‘partida’; le sigue a ésta tras la conclusión de la actividad mesiánica de Cristo en la tierra, y tiene lugar *en el marco del preanunciado envío del Espíritu Santo* y, por así decir, se encuadra *dentro de su misión*. Y, sin embargo, se cumple *por obra del Espíritu Santo*, el cual hace que Cristo, que se ha ido, venga ahora y siempre de un modo nuevo. Esta nueva venida de Cristo por obra del Espíritu Santo y su constante presencia y acción en la vida espiritual, se realizan *en la realidad sacramental*. En ella Cristo, que se ha ido en

---

11. DM, 13.

su humanidad visible, viene, está presente y actúa en la Iglesia de una manera tan íntima que la constituye como cuerpo suyo. En cuanto tal, la Iglesia vive, actúa y crece 'hasta el fin del mundo'. Todo esto acontece por obra del Espíritu Santo»<sup>12</sup>.

Y un poco más adelante: «Por medio de la 'partida' del Hijo, el Espíritu ha venido y viene constantemente como Paráclito y Espíritu de la verdad. Y en el ámbito de su misión, casi como en la intimidad de la presencia invisible del Espíritu, el Hijo, que 'se ha ido' a través del misterio pascual, 'viene' y está continuamente *presente en el misterio de la Iglesia* ocultándose o manifestándose en su historia y dirigiendo siempre su curso. Todo esto tiene lugar sacramentalmente por obra del Espíritu Santo, el cual, tomando de las riquezas de la Redención de Cristo, da la vida continuamente. La Iglesia, al tomar conciencia cada vez más viva de este misterio, se ve mejor a sí misma sobre todo como sacramento. Esto sucede también porque por voluntad de su Señor, *mediante los diversos sacramentos la Iglesia realiza su ministerio salvífico* para el hombre. El ministerio sacramental, cada vez que se realiza, lleva consigo el misterio de la 'partida' de Cristo mediante la cruz y la resurrección, por medio de la cual viene el Espíritu. Viene y actúa: 'da la vida'. En efecto, los sacramentos *significan y dan la vida*. La Iglesia es la *dispensadora visible* de los signos sagrados, mientras el Espíritu Santo actúa en ellos como *dispensador invisible* de la vida que significan. Junto con el Espíritu está y actúa en ellos Cristo Jesús»<sup>13</sup>.

Estos textos largos y densos indican el lugar cristológico y pneumatológico, eclesial e histórico de los sacramentos. Los sacramentos son signos fecundos de la Redención en la marcha de la humanidad hacia la patria definitiva; son gestos preciosos de la compañía de Dios en nuestro camino. Los sacramentos son parte constitutiva de la vida y de la misión de la Iglesia; y por ellos es la Iglesia como conjunto a modo de sacramento abarcador y fundamental; en los sacramentos se reproduce y prolonga la estructura encarnatoria de la benignidad y de la gracia divina. El Espíritu de Jesucristo es el dispensador invisible de la vida eterna oculta en los

12. DV, 61.

13. *Ibidem*, 63.

signos sagrados; la fuerza redentora de la cruz y de la resurrección se hace inagotablemente presente y activa en virtud de la vivificación del Espíritu Santo. Los sacramentos son lugares de encuentro con Jesucristo resucitado, ascendido al cielo y sentado a la derecha del Padre porque «vuelve» y nos visita a cada uno, a cada comunidad celebrante, a cada generación, por medio del Espíritu Santo. Cristo está también presente y actúa en los sacramentos. En este marco tan rico y sugerente desarrollará Juan Pablo II algunas reflexiones sobre la eucaristía <sup>14</sup>.

En *Dominum et vivificantem* se trata de la remisión sacramental de los pecados a propósito del convencimiento sobre «el pecado, la justicia y el juicio» nacido en el corazón del hombre por la acción penetrante del Espíritu de la verdad. En consonancia con esta localización se acentuará la conversión personal como condición indispensable para recibir el perdón de los pecados. También para esta perspectiva del sacramento de la Penitencia el marco histórico-salvífico es la venida del Espíritu «después» de la marcha Jesús y «a costa» de su partida (Jn 16,7) <sup>15</sup>.

La variedad de contextos, en que aparecen los sacramentos según las tres Encíclicas, es un indicio de riqueza y complejidad de la enseñanza del Papa. Los sacramentos son proclamación del amor del Padre, memoria de la muerte y resurrección de Jesucristo y actuación del Espíritu Santo. En las celebraciones sacramentales de la Iglesia se autocomunica Dios mismo, que en su intimidad es comunión viviente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

## 2. *La Eucaristía: «el sacramento inefable»* <sup>16</sup>

Una vez que hemos señalado dónde sitúan las Encíclicas el tratamiento sobre la Eucaristía y la Penitencia, entremos directamente en el contenido preciso y precioso sobre cada uno de los sacramentos.

---

14. Cfr. *ibidem*, 62-63.

15. Cfr. *ibidem*, 8, 14, 27.

16. RH, 20.

La Eucaristía es el centro y el vértice de toda la vida sacramental de la Iglesia y de cada cristiano. Efectivamente, «la Iglesia no cesa jamás de revivir la muerte y la resurrección de Cristo, que constituyen el contenido de su vida cotidiana»<sup>17</sup>, en la celebración de la Eucaristía, siguiendo el mandato de su Maestro. Por otra parte, dado que por el Bautismo es sumergido el cristiano en la muerte de Cristo para participar en su resurrección, se comprende que alcance su plenitud sacramental en la memoria eucarística de la pascua de Jesús. Hacia la Eucaristía se orienta la actividad de la Iglesia y de la Eucaristía como de su fuente se abreva su vida y misión diarias.

Por este motivo la defensa de la verdad sobre la Eucaristía, que es parte de la función profética de la Iglesia, garantiza la realidad de este misterio inefable. Y, por lo mismo, la preparación catequética contribuye a reunir al Pueblo de Dios en torno a la Eucaristía. En Juan Pablo II aparece frecuentemente expresada la conciencia de la responsabilidad por la verdad cristiana, que es propiedad de Dios ya que procede de su revelación. Esta responsabilidad por la verdad afecta especialmente al Papa, dada la universalidad de su ministerio. La vida del hombre y su auténtica libertad se nutren de la verdad y del amor. No custodiaríamos los cristianos la herencia recibida ni prestaríamos a la humanidad el necesario servicio, si no testificáramos fortalecidos por el Espíritu Santo la verdad entregada por Jesucristo. Esta verdad puede padecer pero no perece, puede ser descuidada por los hombres pero no muere, puede ser banalizada pero está en la raíz misma de la humanidad. Hasta los efectos destructores, que su olvido causa, acreditan su carácter fundamental. Por esto se explica la inquietud que la frecuente superficialidad de la eficacia inmediata buscada por los hombres provoca en Juan Pablo II<sup>18</sup>. Rechazando el hombre la verdad sobre la que se asienta su vida y su libertad, quedará afectado negativamente en su misma condición.

---

17. *Ibidem*, 7.

18. Cfr. RH, 21. Cfr. J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *La idea de libertad cristiana en la Instrucción «Libertatis conscientia»*, en «Salmanticensis» 34 (1987), 125-146.

La Iglesia debe conservar en el pensamiento, en la vida y en la acción la dimensión plena y el significado esencial de la Eucaristía. Esta plenitud es con palabras del Papa «Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia»<sup>19</sup>. En *Dominum et vivificantem* se expresa lo mismo en estos términos: «En la Eucaristía se realiza sacramentalmente cada vez su venida y su presencia salvífica: en el sacrificio y en la comunión»<sup>20</sup>. La Eucaristía es el sacramento del sacrificio de Jesús al Padre por el mundo, es el sacramento de la comunión con el Señor y de la fraternidad de los discípulos, y es el sacramento de la presencia de Jesucristo, después de su partida, por medio del Espíritu Santo. Explicitemos la doctrina papal en relación con estas tres dimensiones de la sacramentalidad eucarística.

a. *La Eucaristía como «Sacramento-Sacrificio»*

La Eucaristía es una proclamación de la muerte obediente de Jesús y de la resurrección como respuesta del Padre. Esta proclamación es un misterioso contacto con las fuentes de la vida y de la misericordia. Aquí tocamos la dimensión más insondable de la Eucaristía; si la Eucaristía construye la Iglesia, es precisamente a base del sacrificio de Cristo.

Con las siguientes palabras del Papa se expresa esta perspectiva básica de la Eucaristía: «En este sacramento se renueva continuamente, por voluntad de Cristo, el misterio del sacrificio, que El hizo de sí mismo al Padre sobre el altar de la cruz: sacrificio que el Padre aceptó, cambiando esta entrega total de su Hijo que se hizo obediente hasta la muerte con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección porque el Padre es el primer origen y el dador de la vida desde el principio. Aquella vida nueva que implica la glorificación corporal de Cristo crucificado se ha hecho signo eficaz del nuevo don concedido a la humanidad, don que es el Espíritu Santo, mediante el cual la vida

---

19. RH, 20.

20. DV, 62.

divina, que el Padre tiene en sí y que da a su Hijo, es comunicada a todos los hombres que están unidos a Cristo»<sup>21</sup>.

El misterio pascual de Jesucristo es expresión suprema de la entrega obediente del Hijo al Padre y del poder resucitador de Dios; es manifestación de la fuerza del pecado que reclama justicia y de la misericordia divina hacia el mundo que perdona y levanta; es muerte y resurrección acontecidas en el Espíritu Santo y es donación de gracia a todos los hombres en el mismo Espíritu (cfr. Heb. 9,13ss)<sup>22</sup>. Con penetración admirable fue tratado por el Papa este nudo de realidades sublimes en la encíclica *Dives in misericordia* (nn. 7-8)<sup>23</sup>. En el misterio pascual de Jesús se descubre la dignidad del hombre, o con otros términos, la dimensión humana de la Redención, y el amor del Padre que no se echa atrás ante el sacrificio del Hijo, es decir la dimensión divina de la Redención.

En las reflexiones de Juan Pablo II resuenan con vigor las expresiones paulinas sobre la cruz de Jesús, iluminada desde la resurrección. En la cruz culmina la obediencia de Jesús al Padre, de cuya voluntad había hecho su comida y bebida (cfr. Jn 4,34). Llevar a cabo la misión recibida significó para Jesús contradicción, persecución y muerte porque el hombre no soportó su palabra libre, santa y verdadera. Dios entregó a su Hijo (cfr. Rom 8,32) a la muerte porque su amor a los hombres no se arredró ante el extremo. ¡Por amor al esclavo entregó al Hijo! En la cruz de Jesús se dan cita la fuerza del mal, el amor del Padre y la fidelidad incondicional del Hijo. Cargado con nuestros pecados que producen muerte y reclaman justicia, subió Jesús al madero siendo personalmente santo e inocente (cfr. 2 Cor 5,21; Gal 3,13; Fil 2,7-8). «Y he aquí que, precisamente en El, en Cristo, se hace justicia del pecado a precio de su sacrificio, de su obediencia hasta la muerte. Al que estaba sin pecado, Dios lo hizo pecado en favor nuestro. Se hace también justicia de la muerte que, desde los comienzos de la historia del hombre, se había aliado con el pecado. Este hacer justicia

21. RH, 20.

22. Cfr. DV, 40.

23. Sobre este aspecto cfr. mi colaboración: *La misericordia divina en el misterio pascual*, en «Surge» 39 (1981), 302-315. Forma parte de un conjunto de estudios dedicados a *Dives in misericordia*.

de la muerte se lleva a cabo bajo el precio de la muerte del que estaba sin pecado y el único que podía —mediante la propia muerte—, infligir la muerte a la misma muerte»<sup>24</sup>. «¡Oh feliz culpa, que mereció tan grande Redentor!», canta la Iglesia en la vigilia pascual.

La cruz no es la última palabra sobre la vida de Jesús. En la resurrección «ha experimentado la misericordia, es decir, el amor del Padre que es *más fuerte que la muerte*»<sup>25</sup>; y así en cuanto nuevo Adán e Hijo encarnado y solidario en la muerte con los hombres hermanos, ha abierto en su resurrección el camino de la vida, del perdón y de la esperanza. Dios Padre invierte la situación de Jesús: los hombres lo mataron, pero Dios lo levanta de la muerte; los hombres le condenaron siendo inocente, pero Dios Padre le justifica. Murió por nuestro pecado y Dios rompe así el recibo de nuestros cargos (cfr. Col 2,14). «Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, pedisteis que se os hiciera gracia de un asesino, y matasteis al Jefe que lleva a la Vida. Pero Dios le resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello» (Act 3,14-15). «Dios dió cumplimiento de este modo a lo que había anunciado por boca de todos los profetas: que su Cristo padecería. Arrepentíos, pues, y convertíos, para que vuestros pecados sean perdonados» (vv. 18-19). Al aceptar el Padre el sacrificio de Jesús, como muestra la resurrección, podemos recibir el perdón de los pecados y el Espíritu Santo (cfr. Act 2,33). De la entrega obediente del Hijo al Padre, que a causa de nuestros pecados tuvo que pasar por la cruz, brota la misericordia irreversible de Dios hacia los hombres pecadores.

Pues bien, en la Eucaristía se actualiza el misterio de la Redención llevada a cabo en la muerte y resurrección de Cristo. Aquí se acerca el hombre al amor de Dios, que es más fuerte que el pecado y la muerte, y por tanto recibe el cristiano la garantía de una vida inmortal. Al participar en la entrega de Jesús, celebrada en el sacramento de su sacrificio, debe aprender el hombre a encontrarse a sí mismo perdiéndose, a hallar la vida poniéndose a disposición de Dios y haciéndose servidor de sus hermanos<sup>26</sup>.

24. DM, 8.

25. *Ibidem*.

26. Cfr. DV, 62.

Más adelante veremos cómo el sacramento de la Penitencia y reconciliación hunde también sus raíces en el misterio pascual de Jesús como donación mutua del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo; donación que se abre a los hombres en la comunicación del Espíritu a los apóstoles y a toda la Iglesia.

b. *La Eucaristía como «Sacramento-Comunión»*

La Eucaristía es el sacramento más perfecto de la reconciliación con Dios Padre y de la unión con Jesucristo muerto y resucitado. En ella se otorga a los participantes la fuerza para el amor entre los hombres. Por estos motivos la Eucaristía como sacramento del sacrificio pascual de Jesús está en el fundamento de la Eucaristía como sacramento de la unidad eclesial.

«Es verdad esencial, no sólo doctrinal sino también existencial, que la Eucaristía construye la Iglesia, y la construye como auténtica comunidad del Pueblo de Dios, como asamblea de los fieles, marcada por el mismo carácter de unidad, del cual participaron los Apóstoles y los primeros discípulos del Señor»<sup>27</sup>. No comprendemos adecuadamente el sacramento de la Eucaristía, si prescindimos de la relación entre ella y la Iglesia.

La Iglesia vive de la Eucaristía, es decir se alimenta en ella la fe y la esperanza, la entrega generosa y sacrificada, el impulso a la unidad y a la reconciliación. Este sacramento, en virtud del mandato de Jesús dirigido a los apóstoles y a los ministros de la Iglesia de hacer la bendición a Dios partiendo el pan y distribuyendo la copa, abre cada día las fuentes de la vida.

La celebración eucarística no es sólo ocasión para que los cristianos se encuentren; más bien, sostiene y profundiza la comunión de los discípulos del Señor. Sin la Eucaristía no subsistiría la Iglesia; no simplemente porque todo grupo humano que no se reúne frecuentemente se desintegra, sino sobre todo porque estarían cegadas las fuentes de donde brota la paz y la concordia de los cristianos.

---

27. RH, 20.

Por este motivo celebramos en la Eucaristía no tanto la fraternidad que formamos los hombres cuanto la comunión que Dios funda entre nosotros por el Cuerpo de su Hijo y por la comunicación del Espíritu Santo. En la mesa del Señor, que es el banquete de la familia de los hijos de Dios, se fortalece el hombre interior para confesar la fe en medio del mundo, para luchar por la justicia y la paz.

«Guiada por el Espíritu Santo, la Iglesia desde el principio se manifestó y se *confirmó* a sí misma a través de la Eucaristía»<sup>28</sup>. La vida de la comunidad cristiana, que comienza su andadura después de la venida del Espíritu Santo, presentará entre otros rasgos distintivos la frecuentación asidua de «la fracción del pan y de las oraciones» (cfr. Act 2,42). «De esta manera reconocían que su Señor resucitado, y ya ascendido al cielo, venía nuevamente, en medio de ellos, en *la comunidad eucarística* de la Iglesia y *por medio de ésta*»<sup>29</sup>. La Iglesia aparece ante los demás a través de la reunión para la «fracción del pan», y en esta celebración eucarística recibe la fuerza que la sostiene, unifica y confirma. Lo que fue ley del origen es pauta de vida y principio permanente.

Por medio de la Eucaristía, en que la asamblea de hermanos bajo la acción del Espíritu Santo y por el banquete del Cuerpo y de la Sangre del Señor se hace familia de los hijos de Dios, resplandece particularmente la fuerza dignificadora de la condición humana en Jesucristo. El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios (cfr. Gen 1, 26-27), en definitiva «a imagen y semejanza de la Santísima Trinidad»<sup>30</sup>. Pues bien, en Cristo se acercan los dos polos de la creación y de la Redención; el hombre descubre en Jesucristo la sublimidad de su vocación y en la unión con las Personas divinas su paradigma de solidaridad y concordia. «Mediante la Eucaristía, las personas y comunidades, bajo la acción del Espíritu consolador, aprenden a descubrir el sentido divino de la vida humana, aludido por el Concilio: el sentido por el que Jesucristo revela plenamente el hombre al hombre, sugiriendo una cierta *semejanza*

---

28. DV, 62.

29. *Ibidem*.

30. Cfr. *ibidem*, 99 y 107.

entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad»<sup>31</sup>. La Iglesia, que celebra la Eucaristía como sacramento de fraternidad y como catalizador de reconciliación entre los hombres, descubre así su carácter de sacramento de comunión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Por este motivo, «actúa (la Iglesia) para restablecer y reforzar la unidad en las raíces mismas del género humano: en la relación de comunión que el hombre tiene con Dios como su creador, señor y redentor»<sup>32</sup>.

En este contexto de la Eucaristía como sacramento de la unidad de la Iglesia recuerda Juan Pablo II la división de los cristianos. Del contraste entre la realidad dolorosa de las divisiones y la voluntad del Espíritu, «principio de unidad de la Iglesia», debe fortalecerse el empeño por la reconstrucción de la concordia, a fin de que «todos los bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo, se encuentren unidos como hermanos en la celebración de la misma Eucaristía, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad»<sup>33</sup>. La meta del movimiento ecuménico es de esta manera la celebración concorde de la misma Eucaristía; si los cristianos recobramos la unidad, podremos ser fermento más potente de solidaridad en medio del mundo.

### c. *La Eucaristía como «Sacramento-Presencia»*

La celebración eucarística y la participación del Cuerpo del Señor supone un determinado grado de unidad entre los cristianos; y reclama una concordia de espíritu y comunicación de bienes siempre más profunda entre los que ya pueden sentarse a la misma mesa.

El sentido cabal de este sacramento exige pensar también en la presencia salvífica del Señor para ser alimento del espíritu y para ser tratado con amor. Explícitamente recuerda el Papa esta dimen-

31. *Ibidem*, 62; cfr. *Gaudium et spes*, 22 y 24.

32. *Ibidem*, 64.

33. *Ibidem*, 62.

sión de la Eucaristía. Como Cristo está realmente presente, «de aquí deriva el deber de una rigurosa observancia de las normas litúrgicas y de todo lo que atestigua el culto comunitario tributado a Dios mismo, tanto más porque en este signo sacramental, El se entrega a nosotros con confianza ilimitada, como si no tomase en consideración nuestra debilidad humana, nuestra indignidad, los hábitos, las rutinas o, incluso, la posibilidad de ultraje»<sup>34</sup>. Diversas motivaciones sugiere el Papa para alentar al culto de la presencia sacramental de Jesucristo: es Dios mismo quien en su santidad se hace presente y merece todo el respeto y hasta el temblor del hombre frágil y pecador; dado que el Señor se entrega confiadamente a nosotros acojamos también confiada y atentamente su venida; la debilidad con que se hace presente el Señor es una invitación a evitar todo abuso y a tratarlo con ternura; como es prenda de vida eterna y vida preciosa del hombre, debe primar el agradecimiento por este don inefable, etc.

A la luz de estas motivaciones espirituales se comprende la insistencia en la esmerada observancia de las normas litúrgicas; en estas normas se traduce el cuidado de la Iglesia hacia este sacramento santo y venerable. Se pide a los ministros especialmente que vigilen por su cumplimiento y que estimulen en todo el Pueblo de Dios la piedad eucarística a través de las pertinentes manifestaciones de culto.

Ante el «Sacramento-Presencia» el hombre debe reconocerle como su único Señor, debe adorarlo con el cuerpo, con el espíritu y con la vida; al amor mostrado por Jesús quedándose con nosotros como compañero y confidente debe el hombre responder con el trato amigable y confiado; al ofrecimiento de Cristo como «vida del alma» debe el hombre acudir como el hambriento que busca el pan o el sediento que desea la fuente.

Juan Pablo II se ha detenido en sus Encíclicas en estas tres dimensiones del «sacramento inefable», del misterio eucarístico. Una exhortación de San Pablo le abre el camino para tratar del sacramento de la Penitencia. También enlazamos nosotros en ella

---

34. RH, 20.

nuestras reflexiones. «Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma el pan y beba del cáliz» (1 Cor 11,28)<sup>35</sup>. Con circunspección afirma el Papa: «Esta invitación del Apóstol indica, al menos indirectamente, la estrecha unión entre la Eucaristía y la Penitencia»<sup>36</sup>. El sacramento de la reconciliación «allana el camino» para experimentar el amor de Dios, que es más fuerte que el pecado<sup>37</sup>.

### 3. *El sacramento de la Penitencia: «el fuego del Espíritu en el sacrificio de Cristo»*<sup>38</sup>

Las Encíclicas del Papa fondean la gracia sacramental del perdón de los pecados en el corazón mismo de la cruz de Jesucristo y de la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés. Sólo sobre esta base, presentada de forma densa y compleja, adquiere todo su alcance el sacramento de la conversión. Cada pecado, cometido en cualquier rincón del mundo y en cualquier momento de la historia hace referencia a la cruz de Jesús; y del poder convertidor del Espíritu nacerá el reconocimiento de esta verdad y la acogida de la misericordia abierta a todos en la cruz.

La cruz como lugar de combate del amor del Padre, de la obediencia del Hijo y de la fuerza del mal, debe ser recordada de nuevo a propósito del sacramento de la Reconciliación. Y el Espíritu derramado, que «tomará de lo de Jesús» (cfr. Jn 16,14. DV 11), al ser recibido en la Iglesia será fuente permanente de conversión y de perdón.

El Papa centra la segunda parte de *Dominum et vivificantem* en la acción del «Espíritu que convence al mundo en lo referente al pecado»<sup>39</sup>. El Espíritu Santo prometido por Jesús «guiará hasta

---

35. Cfr. RH, 20. Cfr. J. M. SÁNCHEZ CARO, «*Probet autem seipsum homo*» (1 Cor 11, 28). *Influjo de la praxis penitencial eclesialística en la interpretación de un texto bíblico*, en «Salmanticensis» 32 (1985), 293-334.

36. RH, 20.

37. Cfr. DM, 13.

38. DV, 41.

39. *Ibidem*, 27-48.

la verdad completa» (Jn 1,13) enseñando, recordando y dando testimonio de Jesucristo; y el mismo Espíritu, después de la partida de Jesús y sobre el fundamento de su partida, «convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio» (Jn 16,8).

La actuación convincente del Espíritu apunta a la salvación; descubre la verdad como camino de perdón; desciende hasta el fondo del corazón del hombre para que allí pueda éste abrazar la luz y la gracia. El Espíritu prolonga la entrega del Hijo por el Padre para salvar al mundo (cfr. Jn 3,17) y da testimonio del misterio pascual de muerte y resurrección de Jesús a favor de la humanidad. «El Espíritu Santo, al mostrar en el marco de la cruz de Cristo *el pecado* en la economía de la salvación (podría decirse el pecado salvado), hace comprender que su misión es la de convencer también en lo referente al pecado que ya ha sido juzgado definitivamente (el pecado condenado)»<sup>40</sup>. El Espíritu no acusa despiadadamente, sino revela al hombre el «misterio de su impiedad» en el horizonte del «misterio de la piedad». El condenado por el juicio de Dios en la muerte de Jesús ha sido el pecado y el príncipe de este mundo; y sobre el hombre se ha pronunciado una sentencia de misericordia y de perdón<sup>41</sup>.

«Desde este testimonio inicial de Pentecostés, la acción del Espíritu de la verdad, que *convence al mundo en lo referente al pecado* del rechazo de Cristo, *está vinculada* de manera inseparable al *testimonio* del misterio pascual: *misterio del crucificado y resucitado*. En esta vinculación el mismo convencer en lo referente al pecado manifiesta la propia dimensión salvífica»<sup>42</sup>. Convencer sobre el pecado no tiende a la condena sino a la gracia; es un convencer sobre la remisión de los pecados. El Espíritu se muestra como Espíritu de la verdad y como fuerza de perdón. El «kerigma apostólico» repetido en los Hechos de los Apóstoles (cfr. 2,22-24; 3,14 s; 4,10.27s; 7,52; 10,39; 13,28s, etc.) anunciará que Dios ha resucitado a Jesús de Nazaret, a quien los hombres mataron clavándolo de un made-

---

40. *Ibidem*, 28.

41. Cfr. *ibidem*, 33.

42. *Ibidem*, 31.

ro; y este anuncio significa testimoniar la victoria sobre el pecado y sobre la muerte (cfr. 1 Cor 15,54-57). Por este motivo se conecta inmediatamente con el anuncio la invitación al arrepentimiento para recibir gratuitamente el perdón de los pecados.

En la cruz y en el convencimiento operado por el Espíritu Santo conoce el hombre la verdad de su condición, el perdón y la vida nueva. En este contexto relaciona el Papa las dimensiones del pecado en Gen 3 con las dimensiones de la salvación operada por la cruz, la resurrección y el envío del Espíritu Santo. Todo pecado desde el principio lleva incorporada una voluntad de ateísmo («seréis como dioses»: Gen 3,5) y una decisión de colocarse el hombre en el lugar de Dios; a la obediencia prefiere la autosuficiencia. Y todo pecado es un sello de una mentira alejándose de la palabra de Dios, que se considera una maniobra para impedir la realización humana en libertad. Y todo pecado paga internamente un salario: la muerte; al pecar no halla el hombre la libertad ni la vida sino la esclavitud y la muerte. El tentador falsea la verdad sobre el hombre y sobre Dios; «Dios creador es puesto en estado de sospecha, más aún, incluso en estado de acusación ante la conciencia de la criatura»<sup>43</sup>. Frente a este panorama «la obediencia hasta la muerte» (Rom 5,19; Fil 2,8) de Jesucristo es la inversión suprema de la historia de la humanidad. «Así pues, por parte del Espíritu Santo, el convencer en lo referente al pecado se convierte en una manifestación ante la creación sometida a la vanidad y, sobre todo, en lo íntimo de las conciencias humanas, cómo *el pecado es vencido por el sacrificio del cordero de Dios* que se ha hecho obediente hasta la muerte, *el siervo obediente* que, reparando la desobediencia del hombre, realiza la redención del mundo. De esta manera, el Espíritu de la verdad, el Paráclito, convence en lo referente al pecado»<sup>44</sup>.

La fuerza del perdón es comunicada con el Espíritu Santo por Jesucristo a los apóstoles. Veamos de qué forma llega el Papa a esta fundación del perdón sacramental en la Iglesia. Cristo «por

43. *Ibidem*, 37.

44. *Ibidem*, 39. Cfr. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesús de Nazaret. Aproximación a la cristología*, Madrid 1975, pp. 398 ss.

el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios» (Heb 9,14). «En el sacrificio del Hijo del hombre el Espíritu Santo está presente y actúa del mismo modo con que actuaba en su concepción, en su entrada en el mundo, en su vida oculta y en su ministerio público»... «El mismo *Jesucristo* en su humanidad *se ha abierto totalmente* a esta *actuación del Espíritu Paráclito*, que del sufrimiento hace brotar el eterno amor salvífico»<sup>45</sup>. En la entrega de Jesús en manos del Padre ha actuado el Espíritu Santo para cambiar ese dolor en fuente de misericordia.

Sirviéndose de la imagen del fuego, que consumía los sacrificios presentados por los hombres en el Antiguo Testamento (cfr. Lev 9,24; 1 Re 18,38; 2 Cron 7,1), escribirá más adelante: «El Espíritu Santo, como amor y don, *desciende, en cierto modo, al centro mismo del sacrificio*, que se ofrece en la cruz. Refiriéndonos a la tradición bíblica, podemos decir: *él consume este sacrificio con el fuego del amor*, que une al Hijo con el Padre en la comunión trinitaria. Y dado que el sacrificio de la cruz es un acto propio de Cristo, también en este sacrificio *él recibe el Espíritu Santo*. Lo recibe de tal manera que después —él solo con Dios Padre— puede *darlo a los apóstoles, a la Iglesia y a la humanidad*». El solo lo envía desde el Padre. El solo se presenta ante los apóstoles reunidos en el cenáculo, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados, como había anunciado antes Juan Bautista: El os bautizará en Espíritu Santo y fuego»<sup>46</sup>.

De esta forma existe en la Iglesia el sacramento del perdón de los pecados; unos hombres fortalecidos por el Espíritu, que es el protagonista trascendente, pueden pronunciar sobre otros el juicio de gracia cumplido en la cruz de Jesús y testificado por el mismo Espíritu Santo.. «Jesús confiere a los apóstoles el poder de perdonar los pecados, para que lo transmitan a sus sucesores en la Iglesia. Sin embargo, este poder concedido a los hombres presupone e implica la acción salvífica del Espíritu Santo»<sup>47</sup>.

45. DV, 40.

46. *Ibidem*, 41; cfr. 57.

47. *Ibidem*, 42; cfr. 25.

Hasta aquí hemos presentado sucintamente las raíces del sacramento de la Penitencia y del perdón. En las Encíclicas se concede mayor espacio a esta fundamentación que a otras consideraciones sobre el sacramento; la penetración papal del misterio redentor en clave al mismo tiempo trinitaria y antropológica causa admiración y suscita reconocimiento.

Hay, no obstante, algunas concretizaciones de la doctrina penitencial en las Encíclicas que debe ser explicitada y recogida fielmente.

#### 4. *La conversión del hombre*

En las tres Encíclicas se recuerda la conversión en el contexto del sacramento de la Penitencia. En *Redemptor hominis* se hace referencia a la exhortación de Jesús al comienzo del Evangelio: «convertíos y creed en la Buena Noticia» (Mc 1,15). La conversión debe avanzar en sintonía con la participación en la Eucaristía, desde la cual se comprende que debe madurar y arraigar incesantemente. A la entrega ilimitada de Jesucristo se responde en conversión constante. La totalidad del don reclama la totalidad del hombre distendido en el tiempo<sup>48</sup>.

La misma insistencia en el carácter continuado de la conversión aparece en *Dives in misericordia*. Si la misericordia de Dios es infinita, si la fuerza de su perdón es ilimitada, si la disponibilidad a acoger a los hijos perdidos no tiene fronteras..., se impone entonces por parte del hombre una acogida sin reservas. La conversión continua se nutre del encuentro con Dios, rico en misericordia. Si se frenara el movimiento de retorno y de conversión, se habría olvidado las dimensiones insondables del corazón del Padre. La reacción del hombre ante Dios infinitamente bueno es ponerse siempre en camino hacia su santidad. «El auténtico conocimiento de Dios, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión, no sólo como momentáneo acto inte-

---

48. Cfr. RH, 20.

rior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo ven así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a El. Viven, pues, *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra *in statu viatoris*»<sup>49</sup>. El hombre no es sólo peregrino hacia la patria sino también caminante hacia el Dios tres veces santo e infinitamente bueno. La vida no es sólo provisoriedad sino también purificación constante.

En *Dominum et vivificantem* aparece la conversión en relación con el Espíritu Santo que abre a la verdad y a la salvación. «Bajo el influjo del Paráclito se realiza, por lo tanto, *la conversión del corazón humano*, que es condición indispensable para el perdón de los pecados. Sin una verdadera conversión, que implica una contrición interior y sin un propósito sincero y firme de enmienda, los pecados quedan retenidos, como afirma Jesús»<sup>50</sup>. Sólo el Espíritu de la verdad puede convencer al mundo y a cada hombre de la suprema verdad escondida en la cruz de Jesucristo: el amor de Dios y el pecado del hombre. Como ese Espíritu sondea hasta las profundidades de Dios y lo más íntimo del hombre, puede «convencer en lo preferente al pecado». El evangélico convencer en lo referente al pecado bajo el influjo del Espíritu de la verdad no puede verificarse en el hombre más que por el camino *de la conciencia*<sup>51</sup>. En el núcleo del hombre, en el santuario de la conciencia, donde se decide supremamente su dignidad, puede encontrarse a solas con Dios y escuchar la convicción de su Espíritu.

En el sagrario de la conciencia escucha el hombre el susurro del «arrepentimiento de Dios» por haber creado al hombre, obstinado en el mal, y con el remordimiento que se le comunica puede acoger la gracia redentora de la cruz de Jesucristo muerto por los pecados del mundo. Con palabras inspiradas en la hondura del misterio salvífico escribe el Papa: «Es también (la conciencia) *f fuente de remordimiento*: el hombre sufre interiormente por el mal cometido.

---

49. DM, 13.

50. DV, 42.

51. *Ibidem*, 43.

¿No es este sufrimiento como un eco lejano de aquel arrepentimiento por haber creado al hombre que con lenguaje antropomórfico el Libro sagrado atribuye a Dios; de aquella reprobación que, inscribiéndose en el corazón de la Trinidad, en virtud del amor eterno se realiza en el dolor de la cruz y en la obediencia de Cristo hasta la muerte? Cuando el Espíritu de la verdad permite a la conciencia humana *la participación en aquel dolor*, entonces el sufrimiento de la conciencia es particularmente profundo y también salvífico. Pues por medio de un acto de contrición perfecta se realiza la auténtica conversión del corazón: es la *metánoia* evangélica»<sup>52</sup>. Llamam la atención las resonancias bíblicas y teológicas que confluyen en esta descripción de la contrición del hombre en presencia del amor de Dios en la muerte del Hijo. El pecador está ante la gravedad del mal, y ante el Dios santo y bueno; pasa de la inconsciencia al convencimiento operado por el Espíritu.

El remordimiento por el mal cometido no se detiene en la humillación padecida ni en el desprecio de sí a causa de la miseria del pecado; el Espíritu convence en lo referente al pecado levantando al hombre; su denuncia no hunde sino que es una puerta abierta a la esperanza. «Mediante esta conversión en el Espíritu Santo, *el hombre se abre al perdón y a la remisión de los pecados*. Y en todo este admirable dinamismo de la conversión-remisión se confirma la verdad de lo descrito por San Agustín sobre el misterio del hombre al comentar las palabras del salmo: Abismo que llama al abismo. Precisamente en esta abismal profundidad del hombre y de la conciencia humana se realiza la misión del Hijo y del Espíritu Santo. El *Espíritu Santo* viene en cada *caso concreto de la conversión-remisión*, en virtud del sacrificio de la cruz, pues, por él, la sangre de Cristo... purifica nuestra conciencia de las obras muertas para rendir culto a Dios vivo»<sup>53</sup>.

Por lo dicho se comprende fácilmente en qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo o la «blasfemia» contra El. «La blasfemia contra el Espíritu Santo consiste precisamente *en el rechazo radical de aceptar esta remisión*, de la que el mismo Espíritu es el

---

52. *Ibidem*, 45.

53. *Ibidem*.

íntimo dispensador y que presupone la verdadera conversión obrada por él en la conciencia»<sup>54</sup>. En relación con el pecado contra el Espíritu Santo pone el Papa la impermeabilidad de la conciencia, la dureza del corazón y la pérdida del sentido del pecado (acompañante inseparable de la pérdida del sentido de Dios). Como esta situación se ha extendido preocupantemente en nuestro mundo, se torna la reflexión del Papa impresionante oración para que no extingamos el Espíritu<sup>55</sup>.

### 5. *Aspecto personal y comunitario de la Penitencia*

El Papa reconoce que la praxis penitencial se enriquece con la dimensión comunitaria, así como la teología del sacramento ha recuperado en gran parte esta perspectiva muy presente en la Iglesia de los primeros siglos. Esta valoración positiva del aspecto comunitario del sacramento es mencionada simplemente. El acento va hacia la perspectiva personal.

«No podemos, sin embargo, olvidar que la conversión es un acto interior de una especial profundidad, en el que el hombre no puede ser sustituido por los otros, no puede hacerse reemplazar por la comunidad. Aunque la comunidad fraterna de los fieles, que participan en la celebración penitencial, ayude mucho al acto de la conversión personal, sin embargo, en definitiva, es necesario que en este acto se pronuncie el individuo mismo, con toda la profundidad de su conciencia, con todo el sentido de su culpabilidad y de su confianza en Dios, poniéndose ante El, como el salmista, para confesar: contra tí solo he pecado<sup>56</sup>. La adecuada relación entre persona y comunidad, donde aquélla no quede sofocada ni ésta sea disuelta, donde la persona no ceda al individualismo ni la comunidad al gregarismo o al colectivismo debe tenerse en cuenta. Esta cuestión antropológica decisiva tiene una trascendencia determinante en la relación del hombre con Dios en la Iglesia. Y especialmente se

---

54. *Ibidem*, 46.

55. Cfr. *ibidem*, 47.

56. RH, 20.

hace sensible en la actitud del hombre pecador ante Dios que acoge y perdona. Desde la hondura de la conciencia la persona reconoce delante del Padre sus pecados; obviamente en este encuentro sagrado la comunidad nunca podrá sustituirle; de esta forma se ve que la dimensión comunitaria de la penitencia está finalizada hacia el abrazo personal y misterioso del hombre con Dios.

El Santo Padre en la defensa de la dimensión personal del sacramento no parte sólo de la dignidad de cada hombre sino también de la voluntad de Cristo de llegar a cada centro personal. «Es el derecho a un encuentro del hombre personal con Cristo crucificado que perdona... Este es al mismo tiempo el derecho a encontrarse con cada uno de nosotros en aquel momento-clave de la vida del alma, que es el momento de la conversión y del perdón»<sup>57</sup>. La gracia redentora siendo universal tiene una destinación concreta: a todos y cada uno de los hombres. La extensión no crece a costa de la personalización honda e intensa. Para Jesucristo todo hombre es persona irrepitable, singular, preciosa; con los dones de creación y de gracia, con los pecados y las limitaciones, con las esperanzas y los proyectos está inmediatamente ante Dios. El hombre no es moneda de cambio; no es intercambiable ni sustituible.

Esta relación del hombre a Dios y de Dios al hombre por ningún motivo debe ser entorpecida. Y en este contexto recuerda y corrobora el Papa la práctica de la confesión individual. Defender ésta es custodiar la dignidad personal del hombre y transmitir fielmente la gracia de la Redención. La misericordia del Padre está centrada en la salvación del hijo perdido, de todo hijo perdido y de cada hijo perdido. «Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado. Cuando esto ocurre, el que es objeto de misericordia no se siente humillado, sino hallado de nuevo y 'revalorizado'»<sup>58</sup>.

No sería estimado el hombre en sí mismo, si su persona quedara reducida a número, si sus pecados fueran genéricamente considerados, si su conciencia íntima no fuera tocada por el perdón de

---

57. *Ibidem.*

58. DM, 6.

Dios. Hasta que no se alcanza —y sólo el Espíritu de Dios puede hacerlo— el núcleo personal, el corazón y la conciencia, no desaparece el sentido de la culpa ni se derrama la experiencia del perdón. A estas reflexiones llegaríamos también sobre la base de la doctrina papal acerca del Espíritu que convence en lo referente al pecado, a la justicia y al juicio, de que tratamos arriba. El Espíritu de la verdad, que sondea las profundidades de Dios y del hombre, apropia y personaliza la salvación divina en las entrañas mismas de quien se deja convencer por su acción. El fuego del Espíritu Santo, transmitido a los apóstoles y a sus sucesores, purifica en el sacramento de la Penitencia por la Sangre de Cristo toda conciencia manchada.

#### 6. *La penitencia como virtud*

Antes de concluir, y siguiendo la conexión establecida por el Papa entre la penitencia sacramental y la penitencia como virtud digamos dos palabras a este respecto.

En la Encíclica *Redemptor hominis* alude a este punto señalando la necesidad de ser profundizado en el futuro a través de otras tomas de postura; en todo caso está persuadido Juan Pablo II de que la vitalidad apostólica de la Iglesia está en conexión también con la Penitencia<sup>59</sup>.

Con detenimiento aparece tratada la cuestión de la misericordia extrasacramental en *Dives in misericordia*. La Iglesia es consciente de que su misión comprende «*custodiar la autenticidad del perdón*, tanto en la vida y en el comportamiento como en la educación y en la pastoral. Ella no la protege de otro modo más que custodiando la *fuerza*, esto es, el misterio de la misericordia de Dios mismo, revelado en Jesucristo»<sup>60</sup>. La vida entera de la Iglesia debe ser alabanza, testimonio, proclamación y transmisión del perdón, que es un rasgo central del Evangelio. Practicar la misericordia es quehacer permanente de la comunidad cristiana.

El perdón es fundamento insustituible de la reconciliación entre los esposos, entre padres e hijos, entre amigos...; el mundo en

---

59. Cfr. RH, 20; DM, 13; *Reconciliatio et poenitentia*, 23-27.

60. DM, 14.

general será más humano cuanto más se afirme en las relaciones el amor y la misericordia. La acción de la misericordia no será humillante para el que la recibe, si el que la practica sabe que él también la necesita y la recibe al otorgarla. Los dos son dignificados por la misericordia y la reconciliación.

La práctica de la misericordia, del perdón creador y del amor reconciliante sin negar las exigencias de la justicia, introduce a ésta una plenitud donde el hombre es reconocido y restituído en su auténtica dignidad. La justicia que busca la igualdad en el campo de las cosas y de los bienes es insuficiente, si no es completada por el amor y la misericordia que hacen que «los hombres se encuentren entre sí en ese valor que es el hombre mismo, con la dignidad que le es propia»<sup>61</sup>. La lógica del «tener» justo se consuma en el respeto al «ser» personal por la lógica del amor.

Termino con estas clarividentes palabras del Papa: «El mundo de los hombres puede hacerse cada vez más humano, solamente si en todas las relaciones recíprocas que plasman su rostro moral introducimos el momento del perdón, tan esencial al Evangelio. El perdón atestigua que en el mundo está presente el *amor más fuerte que el pecado*. El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no sólo en la relación con Dios, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres. Un mundo, del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de justicia fría e irrespetuosa, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás; así los egoísmos de distintos géneros, adormecidos en el hombre, podrían transformar la vida y la convivencia humana en un sistema de opresión de los débiles por parte de los más fuertes o en una arena de lucha permanente de los unos contra los otros»<sup>62</sup>. Un mundo sin misericordia no es humano.

Mons. R. Blázquez  
Obispo auxiliar de Santiago de Compostela  
Facultad de Teología  
Univ. Pont. de Salamanca

---

61. *Ibidem*.

62. *Ibidem*.